
La bacinica de doña “Chautita”

Luis A. Castro Gavelán



“Don Daniel Lluén jamás supo que su hija favorita tomaba ventaja de un mandado temprano para darle sus primeros y apurados besos al amor de su vida, don Pedro Ballena Túllume”.

Estuve algunos días en mi patria “chica”, Monsefú, y en medio de relajantes conversaciones, salieron a la luz copiosas anécdotas. Una de ellas provocó risas y carcajadas de quienes estaban en mi mesa disfrutando de un rico espesado con su ceviche de caballa y arroz amarillo. El protagonista fue un extinto caballero que ofrecía sus productos del mar de manera peculiar: “lleve su bonito, cabrillas, toyo con su chautito y su yuyo”.

Y de tanto pregonar con ese estilo inigualable, don Daniel Lluén fue apodado “Don Chauto”, sus hijos fueron “los chaautos” y los nietos, los “chautitos”. Pero esa amabilidad para vender su pescado en el mercado de abastos de Monsefú contrastaba con la dureza de sus acciones como padre. Severo y de rostro adusto con los varones, fue especialmente rígido y celoso con sus hijas mujeres.

Corrían los años sesenta y por esos días los enamoraditos tenían que demostrar muchas habilidades para conseguir los objetivos y verse a escondidas con su “media naranja”. Se aprovechaban las oportunidades al máximo, por ejemplo, cuando ellas iban al mercado, comprar el pan o acudían a la tienda de la esquina. A través de silbidos y algunas señas las comunicaciones resultaban efectivas para que los “tortolitos” pudieran verse por breves minutos, a pesar de las estrictas advertencias de los progenitores.

La historia nos recuerda un caso peculiar que fue protagonizado por doña Segunda Lluén Farro, que por ese entonces tenía 16 primaverales años. Ella fue sumamente ingeniosa para reunirse con el novio. Don Daniel, que tenía advertidas a sus hijas, se mostraba cerril en sus intenciones, quería evitar que algún advenedizo conquistara a

sus primogénitas. Pensaba que lo tenía todo controlado y ni por asomo intuía algún sainete, alguna burla. Jamás supo que su hija favorita tomaba ventaja de un mandado temprano para darle sus primeros y apurados besos al amor de su vida, don Pedro Ballena Túlume.

Cada madrugada, a las cinco, doña Segunda tenía el encargo de arrojar la orina a la calle. Esa información la compartió a su amado Pedro, quien cada día y un tanto trasnochado, se paraba desde las cuatro de la madrugada en la esquina, listo para ver la aparición de la mujer que le robaba los sueños. Y ella, a esa hora, premunida de su bacinica blanca, casi llena, salía a la calle para arrojar el líquido transparente y amarillo que expulsaban los miembros de su familia. Así, los adolescentes Segunda y Pedro tuvieron sus tórridos encuentros sentimentales, breves, pero al fin llenos de romanticismo.



Aquellos besos madrugadores fueron más apasionados día tras día hasta que, finalmente, la pareja urdió un plan que contemplaba la desertión de Romeo, y a su lado, Julieta. Cierta día doña Segunda se difuminó con los primeros rayos del sol. “Don Chauto” dio infructuosas vueltas por las calles, pero nada. Doña Segunda había consolidado la clásica “fuga” de los enamorados de esos tiempos.

Días después llegaron los padres de Pedro Ballena para efectivizar el “tradicional arreglo”. “Su hijita está en nuestra casa, mi hijo se la ha sacado porque ellos se aman y quieren casarse, por eso vengo para arreglar como adultos”. Pero don Daniel Lluén, aún ofuscado e incómodo, lejos de mostrar algún sentimiento mohíno por la decisión de su hija, tuvo una sorpresiva respuesta: “Aquí no habrá arreglo mientras no me devuelvan mi bacinica”.

Y la bacinica fue devuelta, el arreglo se efectivizó y doña Segunda tuvo ocho hijos con su amado Pedro (cinco hombres y tres mujeres). Ambos dirigen con éxito la picantería “Mi Chautita” que tiene un envidiable menú gastronómico que recomiendo.
